

TRIBUNA EXTREMEÑA

LA victoria de Nicolás Sarkozy en las elecciones presidenciales francesas me alegró por varios motivos: por afinidad ideológica; porque lo considero amigo de España; porque creo que puede retomar con mejor resultado para Francia (y para todos) el proceso de la construcción europea; también porque, según parece, nuestros vecinos están en crisis y eso no creo que convenga a nadie; porque sus ideas son las de la mejor de las derechas posibles.

En fin, atraído por la curiosidad hacia este personaje con el que, como antes decía, simpatizo, pero del que conocía poco, y tras leer que su labor se cimentará en la rehabilitación de valores que hacen agua, me decidí a leer el discurso que pronunció en el polideportivo de Bercy, en París, el pasado 29 de abril. Debo confesar que abordé la pieza con no poco escepticismo: no en vano, a lo largo de mis años de dedicación a la política he asistido a tanto discurso que no podía remediar que mi nivel de entusiasmo fuese decauyendo a medida que pasaba el tiempo, seguramente por exceso de ruido. Esperaba encontrarme, pues, la típica arenga en la que el político mezcla a partes iguales oportunismo, demagogia y crítica hacia el rival y, en mucha menor proporción, los ingredientes de sus ideas y proyectos.

No poca fue mi sorpresa cuando empecé la lectura y me di de bruces con las palabras de un hombre que destila una sólida honradez intelectual, que se arma de claridad y valentía, que eleva a la categoría de fundamental el cumplimiento del compromiso. Que, en fin, está dispuesto a dar de lado al papanatismo social para apostar por el esfuerzo de todos, en un marco de libertad (inviabile sin respeto) como claves para salir de la atonía y encarar el futuro con éxito. Que se enfrenta con contundencia a los peores tópicos de la izquierda. He leído, con no poca emoción, un bello y comprometido discurso político, con una dialéctica propia de las grandes causas y, por tanto, de los grandes hombres que las saben entender. Si Francia necesita soluciones, no me cabe duda de que Sarkozy las tiene.

De la lectura detenida de los once folios del discurso, lo que más me ha entusiasmado es que sus fórmulas, sus ideas, sus apuestas, sus descripciones de los problemas no sólo son válidos para el país vecino, sino que suponen aportaciones de pleno valor y utilidad para el conjunto de los europeos. Dice Benigno Pendás que «en las naciones bien vertebradas, los tiempos difíciles necesitan ideas nuevas». Y don Gregorio Marañón, al que nunca de me canso de citar, afirma que «el hombre, como individuo o como pueblo, padece una crisis del deber y una hipertrofia del derecho». En

Sarkozy, sí

JUAN CARLOS FERNÁNDEZ

«Moral. Esa es la idea que, en boca de Sarkozy, augura el retorno al esfuerzo, al respeto, como esencias de la libertad, de la democracia, dejando de lado esas ideas simplistas que equiparan la autoridad con algo indeseable»



las palabras de Sarkozy, que no tiene empujo en proclamar que aborda la campaña electoral con unos sueños de juventud que jamás le han abandonado, tienen cabida plena los dos postulados citados: el de Pendás y el de Marañón.

En ese espíritu de nuevas ideas y nuevo compromisos, me permito destacar algunas aportaciones del presidente Sarkozy, como el concebir a la nación no sólo como identidad, sino como capacidad de unirse para protegerse y actuar: «El sentimiento de que juntos se es más fuerte». O que «la palabra *moral* no me da miedo». Afirma que no va «al encuentro con la Francia que se rompe, sino con la que quiere construir, con la que quiere trabajar». Y enfatiza que «igualdad y fraternidad deben cohesionarse con la recompensa del mérito y el esfuerzo», y que «para nuestra República, la laicidad es el respeto de todas las creencias, no el desprecio de todas las religiones».

Me permito considerar de especial relevancia ésta otra tesis: (los herederos del 68) «habían proclamado que todo estaba permitido, que la autoridad había acabado, que la educación había acabado, que el respeto había acabado, que ya no quedaba nada grande, nada sagrado, nada admirable, que ya no quedaban normas, ni reglas ni nada prohibido» (...) «liquidaron una escuela de la excelencia, del mérito, del res-

peto, una escuela del civismo, una escuela que quería ayudar a los niños a convertirse en adultos y no a permanecer como niños grandes, una escuela que quería instruir y no infantilizar...»

En fin, podría seguir relacionando ideas llenas de contenido, de compromisos... Pero los ejemplos que reflejo me parece que sintetizan adecuadamente el diagnóstico de los males de un país, problemas de trascendencia social que han de ser abordados por hombres de Estado que huyan de la mediocridad que, en palabras de José Antonio Zarzalejos, no es cosa de incapacidad intelectual, sino de incapacidad moral.

Moral. Esa es la idea que, en boca de Sarkozy, augura el retorno al esfuerzo, al respeto, como esencias de la libertad, de la democracia, dejando de lado esas ideas simplistas que equiparan la autoridad con algo indeseable, como una cosa coactiva y trasnochada. Europa necesita estadistas con *auctoritas*. Si Sarkozy consigue hacer realidad sus ideas, sin duda será uno de ellos. Aunque a algunos todo esto suene a cosas de fachas y proclamen el retroceso a las cavernas, si Sarkozy cumple todos saldremos ganando. Ojalá los Pirineos sean permeables al espíritu de Bercy.

■ JUAN CARLOS FERNÁNDEZ es presidente del Foro Zafrense